

Una comunidad de los amantes monstruosos: una cartografía posible de *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* de Marosa di Giorgio

Javier Martínez Ramacciotti

Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC

Resumen

En este trabajo pretendemos observar cómo la secuencia de los relatos eróticos de Marosa di Giorgio, a partir de la articulación de modalidades diversas y anómalas de “experiencias eróticas” (Bataille), van construyendo un tipo de *Comunidad de los Amantes* (Blanchot, Agamben), entendiendo esta última como la institución imaginaria (literaria) de un *espacio excepcional* en que toda Ley se haya suspendida y por ello se inaugura un territorio donde se afirman todas las posibilidades eróticas/corporales/subjetivas sin excluir ninguna, ni poder prever alguna. Una comunidad de *cuerpos ex/puestos* (Nancy) en permanente tráfico con su afuera, sin ningún presupuesto que los aúne salvo el impulso erótico. Marosa di Giorgio consignaría, por este medio, una *Comunidad Monstruosa* ajena a toda economía del ser que ejerce la actitud ética del lenguaje impropio de la literatura: exponer en toda forma su propio ser amorfo y en toda decisión la propia inactualidad del acto.

Por último, analizaremos también el particular dispositivo de representación estética que pone a funcionar la *Comunidad de amantes monstruosos* de Marosa di Giorgio: una escritura que actualiza nuevas potencias al arrastrarse hasta su límite externo, en el cual las palabras son sacrificadas a su afuera: una *ex-critura*.

A los ojos de Dios no hay Monstruos.
Montaigne

Mi poeta preferido es Dios.
Marosa di Giorgio

Deus sive Natura.
Baruch Spinoza

A

Los relatos de Marosa di Giorgio (2008) acontecen al borde de la ley, desbordan cualquier interdicto erótico sin necesidad de negarlo por vía de la trasgresión: simplemente preferirían no hacer... la ley; como si Marosa di Giorgio escribiera ante los muros de la ley pero de espaldas; o como si siempre llegara demasiado tarde o suficientemente temprano a una cita, que es también ser impuntual con la *Cita* (textual): los relatos marosianos se desentienden del Sentido y proliferan derramados felizmente a un margen del mismo: “Era Terrible. Pero, habíamos pasado a vivir en la Prehistoria (...) Nos había tocado a mi madre y a mí mudarnos a la Prehistoria” (di Giorgio 2008: 277).

Ahora bien, ¿qué podemos entender por semejante recusación de la instancia intedicial de La Ley ajena a una dialéctica melancólica de la transgresión? En principio podríamos afirmar que *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* comienza en el mismo instante en que La Ley se encuentra confinada a una total suspensión o retraimiento inaugurando, de este modo, espacios anómicos y excepcionales que son el “entorno molecular” (Fisher y Lee, 2009: 15) propicio para la emergencia del acontecimiento erótico. Escribir el deseo y los cuerpos al borde de La Ley es

hacerlo en la inmanencia absoluta de una vida sin la cesura previa de la soberanía, la cual maquinalmente distingue entre Bios y Zoe, vida cualificada/legible socialmente y vida desnuda, entre vida que vale la pena ser vivida y vida precaria o vida-menos-que-vida: en resumen, distingue entre viviente humano y el resto. Ser Soberano es –siguiendo a Jacques Ranciere (2007)– instaurar una topología social de los cuerpos: el trazo de una cuadrícula que articula las relaciones entre palabras y cuerpos, asignándoles a estos últimos su lugar, su posición y su nombre; por lo tanto, la ley –en tanto soberanía– contiene clausurando el horizonte de las experiencias posibles de cada viviente y uno de sus artefactos más performativos ha sido Lo Humano: el humanismo es una pragmática cultural de territorialización de la corporalidad, el deseo y las experiencias de los vivientes singulares.

Nuestro mundo es el de La Ley y sus experiencias posibles; la belleza des-apropiadora, intratable e inasignable de Marosa di Giorgio reside en que nos conduce a otros mundos que son, más peculiar y originariamente, nuestro mundo: irrupción moderadamente violenta de ese “fondo del mundo” (Bataille, 1975: 104) donde los cuerpos son aún una arquitectura de fuerzas abiertas a una espontaneidad espantosa de metamorfosis continuas que buscan más potencias, es decir, más cuerpos.

Los relatos eróticos de Marosa di Giorgio, al dar un paso más allá/acá de la ley, alumbran el plano de superficie inmanente donde las singularidades corporales ensayan sin prueba ni error encuentros imprevisibles, arriesgados, totalmente alocados y monstruosos. En cada relato, de un modo repetitivo y diferencial, se pueden observar las invenciones de los modos en que las subjetividades, las formas-de-vida, expresan, sin reducirla, esa pura potencia de una vida: cómo encontramos un deseo y una vida impersonal, pre-individual y a-subjetiva no plegada en el adentro y el afuera y que emerge como singularidad indefinida según una indefinición que se refiere a modos de lo no-formado, a lo que más que cerrarse en una forma total, afirma su apertura al devenir; no una vida y un deseo de alguien, sino un flujo de pura vida despojada de su soporte humano que “a la manera de la última ola en los límites del mar, borra de la arena el rostro del hombre, llevándose, en su reflujó, percepciones y afectos flotantes impersonales que ya no pertenecen a nadie” (Giorgi y Rodríguez, 2009: 16).

B

No busco nada. No me propongo nada. Encuentro.
Marosa di Giorgio

¿Por qué hablar de *Comunidad* y no simplemente de cuerpos en plural? Porque lo que una y otra vez se escenifica en primer lugar en los relatos marosianos no es una subjetividad (La niña, el perro, el lobo, etc.) ni siquiera cuerpos sino encuentros, alianzas, cruces: lo primario en los relatos es el vínculo entre heterogéneos, un dominio de la alianza y la simbiosis donde se ponen en juego seres de escalas y reinos completamente diferentes y cuya única propiedad en común es, simplemente, el encontrarse en un punto infinitesimal de sus trayectos y devenires. Lo primario son los encuentros profanos, las bodas contra-natura, las “Alianzas heterogéneas” (Deleuze y Guattari, 2004: 245); o, dicho de otro modo, lo que privilegian los relatos eróticos no son los meros cuerpos discretos sino su *guión de extimidad*:

El silencio de ese guión no pacifica ni apacigua nada, ningún tormento, ninguna tortura. Nunca hará callar su memoria. Un guión nunca basta para ahogar las protestas, los gritos de ira o sufrimiento. Es imposible no pensar ese guión, ese espacio común, el entre-lugar: el derrotero, un movimiento en dirección al movimiento pero también una secuencia de discontinuidades. (Antelo, 2008: 15)

La primera oración del primer relato del primer libro de *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* condensa el privilegio de la Comunidad como el espacio común del entre-lugar en la escritura de Marosa: “Salió un perro-zorro y vino al ruedo” (di Giorgio, 2008: 11). ¿Qué quiere decir perro-lobo? ¿Hay algo que tendría la cualidad de lo propio y entonces se podría enorgullecer y reivindicar para sí más perridad-lobidad que otro? En este encabalgamiento informe de corporalidades se esboza un ser-en-común donde los vivientes singulares comparten su ser expuesto uno al otro que no significa solamente ser-con-otros sino, sobre todo, ser-en-medio de otros. “Perro-lobo” indica una frágil comunidad en la que el guión no une ni dialectiza las diferencias en una instancia superior sino que es un movimiento en dirección al movimiento; es decir, un devenir: eso que pasa entre los cuerpos y los moviliza hacia un umbral de indeterminación donde sus formas y figuras ingresan en una línea de variación, mutación y mezcla, en un proceso que es siempre singular en tanto que produce una diferencia positiva. “Perro-lobo”, como Comunidad, como cuerpos que tienen en común el encontrarse, indica un más allá del sujeto atomizado pero también un más acá de la comunión plena; la secuencia de los relatos eróticos, a partir de modalidades variables de experiencias eróticas, va constituyendo una Comunidad de los cuerpos cuyo factor común no es ni la comunión ni la atomización, sino compartir un lugar, a lo sumo un contacto: un estar-juntos sin ensamblajes: “si lo común es el “con”, el “con” designa el espacio sin omnipotencia y omnipresencia, sin soberanía ni intimidad. En el “con” no puede haber sino fuerzas que se enfrentan en virtud de su juego mutuo y de presencias que se separan en virtud de que siempre han de volverse otra cosa que meras presencias”(Nancy, 2007: 13) Los cuerpos, expuestos los unos a los otros, los unos en medio de los otros, no pueden pretender el resguardo de alguna imposible intimidad; su ser-en-común no es proyecto, no es una promesa sino una premisa: todas las casas marosianas trazan bordes vertiginosos donde se libran las batallas más intensas en las que se generan catálogos de contagios y traspasamientos que parecen no tener fin. No hay Hospes sin Hostis y la intrusión es una acción que se convierte en cualidad de todos los cuerpos:

Hay un vuelo y como si buscaran flores entran de golpe, insectos sexuales, gloriosos y temibles. Ansían oídos, ojos, nariz, toda clase de bocas. Las primas y amigas corren inútilmente a ocultarse bajo la cama (...) Y ya viene los grandes gritos de lujuria (...) Y en la casa ya ha pasado todo y nada. (di Giorgio, 2008: 55)

En consecuencia con lo anterior, el cuerpo, una vez devuelto a la línea de inmanencia de la vida –otro nombre para La Comunidad– ya no puede ser determinado por los posesivos: Mi-Tu cuerpo; hay cuerpos neutros, impersonales, inapropiables bajo ningún régimen de la persona privada. Los cuerpos expuestos unos a otros pasan a ser un puro poder de afectar y ser afectados, de modo que solo pueden ser definidos –si hiciera falta– por los afectos de los que son capaces. Sin embargo, nadie sabe de antemano de qué afectos es capaz un cuerpo y por ello solo son una pura apertura a la experimentación de lo común por las composiciones y recomposiciones que lo llevan a cabo:

– Llegan murciélagos.
– Mi Dios.

(...) Apareció uno pero se desdobló en varios. Ella se puso de costado como si fuera a amantar. Separó también un poco las piernas. Quitó la sabana. Uno se le acomodó en la ubre, otro en la otra ubre, otro se le posó en el sexo, otro en el ano, que era otro sexo. Y otro en la nuca, pero este no libaba, hacía un cos-quilleo. Vibró y se hamacó todo junto. El cuerpo y los hongos negros que acababan de juntarse. (di Giorgio, 2008: 70)

Esta experimentación de lo común (la piel, el Cso, una materia en exilio de sí misma) que es la comunidad ya no es una relación de lo Mismo con lo Mismo (Humano-Humano/Murciélago-murciélago) sino-como dice Blanchot (2002) –una relación en la que interviene El Otro, el cual introduce la asimetría devastando, de ese modo, la integridad del sujeto, desmoronando su identidad centrada y aislada, abriéndolo a una exterioridad en un no-acabado constitutivo– :“De golpe, se sentó. Los bichos ya se habían ido. Quedaba uno; el de la nuca. El que estaba roto y muerto” (di Giorgio, 2008: 71).

Ahora bien, si en un primer momento definimos a la comunidad de amantes marosiana por su privilegio por el cruce, las alianzas y el encuentro, resaltando por ello el guión como símbolo de la misma, es menester señalar otra dimensión correlativa e indisociable de la comunidad escrita por Marosa: son al mismo tiempo provisorias e inoperantes. Todas las experimentaciones eróticas en los encuentros finalizan abruptamente sin atisbo de un Ethos Melancólico: los encuentros son perfectos (dan todo lo que pueden dar) y al mismo tiempo inoperantes: una asociación siempre lista para disociarse, un composición de cuerpos con la dispersión como horizonte inminente e inmanente.

Era una copulación profusa, infinita. Pasamos horas así y días. Yo daba a entender que seguiría toda la vida, así. Eso deseaba. Pero, una mañana, él se desprendió de a poco, descendió del árbol, y rápidamente, quedó pequeño, del tamaño de un dedal, y vi cómo se escondía adentro de la tierra. Sin salir jamás. (di Giorgio, 2008: 278)

Los encuentros son perfectos e inoperantes. Al régimen del *Guión de la extimidad* habría que sumarle, entonces, la importancia en la escritura de Marosa de la conjunción “Y”. La lógica conjuntiva desbarata la preeminencia de la dinámica atributiva del “Es”, y por ello la “Y” puede ser pensada como la huella gráfica del cruce de caminos, de alianzas provisorias entre distantes que no fundan ni estabilizan nada; cooperación de cuerpos afectándose mutuamente para incrementar su potencia; encuentros infinitesimales que fulguran en el preciso albor de una imagen y que luego siguen su errancia, su exilio, para formar nuevas comunidades de amantes provisorias; o no. Quizá no hagan nada de eso. Al fin y al cabo, quién sabe lo que puede un cuerpo.

C

El monstruo en el cual nos reconocemos,
con el cual identificamos nuestros destinos,
se sostiene en una genealogía indestructible del porvenir.
Antonio Negri

La comunidad de los amantes monstruosos es un sintagma-concepto que no pretende representar ni reificar la potencia de la imaginación salvaje de Marosa di Giorgio; es, deleuzeanamente hablando, una creación del pensamiento para testimoniar uno de mis encuentros con los relatos eróticos. Un ejercicio de Cartografía de las líneas de fugas y los umbrales de exterioridad de *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*

Podríamos definir –que es jugar con las ideas– a *la comunidad de los amantes monstruosos* de la siguiente manera: encuentro singular entre dos singularidades en su propio entorno molecular y cuyo impulso es el deseo comprendido como fuerza impersonal productiva con una dinámica autotélica (fin inmanente y no transitivo). ¿Por qué Comunidad de los amantes MONSTRUOSOS y no a secas? Lo monstruoso es la única cualidad de lo viviente una vez despojado de toda esencialización estabilizadora y abierta a la variación continua “La diferencia es el monstruo (...) el monstruo de todos los demonios” (Deleuze, 2002: 62). Los cuerpos marosianos son monstruosos no porque satisfagan ciertas condiciones (ser feo, hiperbólico, grotesco, otro) sino

justamente porque son lo sin-condición: cambian la lógica del presupuesto por una lógica de la preferencia. En este sentido, lo monstruoso no es una propiedad de alguna subjetividad definida negativamente desde la posición de una mismidad privilegiada. Parafraseando a Juan Salzano, los cuerpos de Marosa di Giorgio son “Monstruos fuera del bestiario” (Fisher y Lee, 2009: 16): este monstruo es menos un “anormal” (transgresión de una regla previa, y por eso categorizable negativamente en relación a ella) que un “anomal”, positivo y primario: esto es, un devenir que no se explica por aquello (de lo) que (se) desvía. En este sentido, lo monstruoso –al ser lo común– no es propiedad de algunos cuerpos y/o subjetividades (niña, animales, vegetales), sino una dinámica: la afirmación erótica de las intensidades diferenciadoras, mutantes, metamorfo-sicas. “Es la persona viviente, no separada de la vida ni implantada en ella, sino coincidente con ella como sínolon inescindible de forma y fuerza, externo e interno, bios y zoe (...) la no-persona inscrita en la persona, la persona abierta a aquello que aún no ha sucedido” (Esposito, 2009: 216). Lo viviente alude a los cuerpos co-ex-puestos cuando estos son conducidos por un proceso de heterogénesis indefinida al borde de lo (in)humano.

En los relatos eróticos de Marosa di Giorgio podemos señalar dos instancias en las que emerge diferencialmente la dinámica de lo monstruoso que recusa la pragmática de territorialización de lo Humano: la infancia y la animalidad. La preferencia en los relatos por personajes adolescentes, femeninos, en el límite de la niñez, determinan una configuración particular del ámbito de lo erótico en Marosa di Giorgio; la infancia sería el primer espacio o lugar privilegiado a partir del cual se cuestionan los códigos, las estructuras y los modos de subjetivación. En efecto, la infancia es un umbral de transición efímera hacia la adultez (códigos, estructuras y modos de subjetivación instituidos), un límite en el cual la niña no ha aún asimilado la economía vital que la obliga a ajustarse a los dictámenes de la utilidad, y por ello es capaz de una “experiencia soberana” en tanto abertura permanente al riesgo como potencia de la vida de ser llevada hasta su límite.

Y si la infancia es la primera instancia o lugar privilegiado de cuestionamiento de los códigos, estructuras y modos de subjetivación, la animalidad sería el segundo. Si la niña le posibilita a Marosa experimentar soberanamente el núcleo más fuerte del erotismo humano –con un movimiento de libertad que se niega *aún* a adecuarse a las restricciones de la sensatez y la norma– la emergencia de subjetividades no antropomórficas con las cuales se entra en acoplamiento, en contactos eróticos, permite la exploración del límite o del afuera del humano codificado por el paradigma del Humanismo, a saber: aquel que vela porque el hombre sea humano y no inhumano, que enaltezca su racionalidad y denigre su corporalidad, que produzca maquínicamente desde los engranajes de su lógica y silencie metódicamente los desgarramientos de su desnudez, que asuma el día de su razón y niegue la noche de sus fuerzas intensivas. Las experiencias eróticas entre subjetividades humanas y animales escenificarían una auténtica *Alianza heterogénea* por la cual se violentan las diferencias constituidas (Humano vs. Animal); razón por la cual el animal no sería considerado como el otro del hombre, sino como su *borde intensivo*, su *umbral de indecibilidad* que le permitiría un acceso directo a las fuerzas intensivas: excepcional apertura a los otros y a lo otro de sí.

D

La salud como literatura, como escritura,
consiste en inventar un pueblo que falta.
Gilles Deleuze

Si, como afirma Raúl Antelo, “lo propio de la literatura es desbordar la literatura” (Antelo 2008: 55), la escritura debe ser comprendida como un lenguaje impropio cuyo ejercicio implica

expropiar todo ordenamiento de su pretendida identidad hipostasiada. En consonancia con ello, Rancière (2007) define los lenguajes impropios de la literatura como aquellos que efectúan un desarreglo del orden que articula la relación entre las palabras y los cuerpos: un desajuste o error de cálculo entre los mapas o diagramas de lo social y el excedente de cuerpos sin lugar, sin nombre, sin posición.

Como pudimos ver, la secuencia de los relatos eróticos de Marosa di Giorgio fue configurando un particular ámbito de lo erótico en el cual se ejerce una esceno-grafía de corporalidades cuya nota común sería, en términos de Jean-Luc Nancy, la “ex-posición” (2003: 29-30): cuerpos puestos fuera de sí, abiertos a la inclemencia del afuera; son personajes cuya propiedad es su impropiidad, su carencia de soberanía e intimidad. Es en el acto erótico donde todos los cuerpos asumen relieve, materialidad y lo hacen en pleno ejercicio de metamorfosis: en el erotismo marrosiano todas las identidades y diferencias constituidas se condensan en un vórtice del devenir, es decir, en un dominio de la alianza y la simbiosis donde se ponen en juego seres de escalas y reinos completamente diferentes.

Por lo tanto, la secuencia de los relatos eróticos, a partir de la articulación de diversas y anómalas experiencias eróticas, fueron construyendo un tipo de *comunidad de los amantes monstruosos* caracterizada por un gesto que designaríamos –Derrida (2006) mediante– como *hospitalidad incondicionada*: es decir, una excepcional apertura a lo éxtimo, a los otros y a lo otro absoluto. *La comunidad de los amantes monstruosos* que se figura como una invariable en todos los relatos sería la institución imaginaria (literaria) de un espacio excepcional en que toda ley se haya suspendida y por ello se inaugura un territorio donde se afirman todas las posibilidades eróticas/corporales/ subjetivas sin excluir ninguna ni poder prever alguna. Una comunidad de cuerpos expuestos en permanente tráfico con su afuera, sin ningún presupuesto que los aúne salvo el impulso erótico.

Marosa escribe todos los pueblos que faltan, que hacen de su falta una afirmación: la *comunidad de los amantes monstruosos* es uno de los modos contemporáneos de imaginar una forma de ser-en-común sin ningún tipo de Ser Común. Una comunidad monstruosa ajena a toda economía del ser que ejerce la actitud ética del lenguaje impropio de la literatura: exponer en toda forma su propio ser amorfo y en toda decisión la propia inactualidad del acto. O, en palabras de Agamben: “En la satisfacción, los amantes, que han perdido su misterio, contemplan una naturaleza humana que permanece perfectamente inoperante: la inoperosidad y el desobramiento de lo humano y lo animal como figura suprema e insalvable de la vida.” (2007: 160)

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. 2007. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Costa, Flavia y Edgardo Castro, Edgardo (trads.). Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Antelo, Raúl. 2008. *Crítica Acéfala*. Buenos Aires, Grumo.
- Bataille, Georges. 1975. *Teoría de la religión*. Savater, Fernando (trad.). Madrid, Taurus.
- Blanchot, Maurice. 2002. *La comunidad inconfesable*. Nancy, Jean-Luc (postfacio), Herrera, Isidro (trad.). Madrid, Arena Libros.
- Deleuze, Gilles. 2002. *Diferencia y repetición*. Delpy, María Silvia y Beccacece, Hugo (trads.). Buenos Aires, Amorrortu.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. 2004. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Vázquez Pérez, José (trad. con la colaboración de Umbelina Larraceleta). Valencia, Pre-Textos.
- Derrida, Jacques. 2006. *La Hospitalidad*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Di Giorgio, Marosa. 2008. *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*. Buenos Aires, El Cuenco de Plata.

- Esposito, Roberto. 2009. *Tercera persona. Filosofía de la vida y política de lo impersonal*. Molinari Marotto, Carlo R. (trad.). Buenos Aires, Amorrortu.
- Fisher, Mark y Lee, Mart. 2009. *Deleuze y la brujería*. Salzano, Juan (sel., pról. y trad.). Buenos Aires, Las Cuarenta.
- Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín. 2009. "Prólogo", en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Rodríguez, Fermín y Giorgi, Gabriel (comp., pról. y trad.). Buenos Aires, Paidós.
- Nancy, Jean-Luc. 2003. *Corpus*. Bulnes, P. (trad.). Madrid, Arena Libros.
- , 2007. *La comunidad enfrentada*. Cragnolini, Mónica (postfacio), Garrido, Juan Manuel (trad.). Buenos Aires, Ediciones La Cebra.
- Rancière, Jacques. 2006. *Politique de la littérature*. París, Galilée.

CV

JAVIER MARTÍNEZ RAMACCIOTTI ES AYUDANTE-ALUMNO EN LA CÁTEDRA DE HERMENÉUTICA EN LA LIC. EN LETRAS MODERNAS, FAC. FILOSOFÍA Y HUMANIDADES, UNC. PUBLICÓ "DEVENIR DESEO, DEVENIR MAROSA. VIOLENCIA, EXPERIENCIA(S) Y DESEO EN CAMINO DE LAS PEDRERÍAS DE MAROSA DI GIORGIO" EN LA REVISTA *ÁRBOL DE JÍTARA*, N° 1. TAMBIÉN, EN CO-AUTORÍA CON FRANCA MACCIONI, "BABUINO O EL SU(ICI)DADO POR LA LEY: EROTISMO, LEY Y SUBJETIVIDAD EN DOS RELATOS DE DIEGO TATIÁN" EN LA REVISTA *ESCRIBAS*, AÑO 2008, N° 5.